

Identidades ambientales: nuevos frentes de resistencia social en el siglo XXI

*Jorge Alejandro Anzures Hernández**
*Paulina Raquel Santamaría Islas**

Resumen

Las consecuencias del desarrollo industrial, la deficiente administración en el manejo de los recursos naturales, la mala aplicación de leyes, el acelerado desarrollo turístico y urbano, entre otras arbitrariedades, han detonado el interés social respecto a las problemáticas ambientales. Es notorio cómo en los últimos años se hace cada vez más evidente la urgencia por frenar la voracidad incesante de las culturas capitalistas, las cuales no dejan de buscar expandirse en espacio y tiempo; así, han surgido múltiples formas de “lucha” socioambiental, en su mayoría campesinas y populares, pues son estos sectores los que han podido mantener mejor una relación no predatoria con el territorio y los bienes comunes.

Palabras clave: cultura, identidad, capitalismo.

Abstract

The consequences of industrial development, poor administration in the management of natural resources, the poor application of laws, accelerated tourism and urban development, among other arbitrariness, have

* Egresados de Psicología en el área de concentración social de la Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco. Correos electrónicos: [joranzures@gmail.com], [pau.sant.islas@gmail.com].

triggered the social interest with respect to environmental problems. It is notorious how in the last years the urgency to stop the incessant voracity of capitalist cultures has become increasingly evident, which do not stop looking to expand in space and time. Because of this multiple forms of socio-environmental “struggle” have emerged, being mostly peasant and popular. These sectors have best been able to maintain a non-predatory relationship with the territory and common goods.

Keywords: culture, identity, capitalism.

“La visibilidad de los conflictos en torno a los códigos que organizan la vida, el pensamiento y afecto de las personas, depende del espacio público disponible. La eficacia de estos conflictos, está en el hecho de que surjan y, en el momento en que aparecen, ya lograron su objetivo. Cuando se vuelven visibles, está realizada su función”.

Melucci (1999:50).

En los distintos sitios en donde los sujetos se han organizado a lo largo de la historia para combatir una lógica de depredación, las acciones de un grupo se enuncian como una lucha por un territorio en su surgimiento múltiple de pugna; una de ellas es la “socioambiental”, siendo en su mayoría organizaciones campesinas y populares. Se considera que estas organizaciones han podido mantener mejor una relación no predatoria¹ con su medio ambiente debido a que un territorio no es únicamente una especie de contenedor, sino también el espacio en donde los sujetos se reconocen e identifican. De modo que tiene lugar un entramado de relaciones productivas y simbólicas que constituyen “el sentido” de su vida, los cuales a su vez posibilitan la creación y conservación de conocimientos alternativos que podrían ayudar no sólo a reflexionar y pensar una forma alterna y heterogénea de la vida, sino a tener otro panorama de entendimiento, que confronten y critiquen las sociedades occidentales y su cosmovisión.

¹ Sobre este aspecto, véase Ana Esther Ceceña (2010).

En este trabajo analizamos una de las formas de lucha que aspiran a la transformación integral de la sociedad, así como las estrategias y formas de organización que construyen los grupos y comunidades en resistencia.

El terreno en disputa

La investigación se centra en el municipio de Jilotzingo, Estado de México, caracterizado por ser mayoritariamente boscoso. En este sentido es importante mencionar que, de acuerdo con Morett (2003:14), “la mayor parte de los bosques del país se encuentran localizados en ejidos y comunidades, pero la explotación es costosa y supone largos ciclos de inversión”, por lo que la mayoría de los productores de este sector tienen severas dificultades para aprovechar estos recursos y son orillados a condicionar sus áreas arboladas a particulares. Actualmente Jilotzingo encuentra amenazados sus terrenos ejidales con la potencial tala de más de 186 000 árboles para que los empresarios Funtanet construyan un conjunto departamental de 20 000 viviendas, irónicamente llamado Bosque Diamante.

La cuestión central es la disputa acerca del destino posible y deseable para esas hectáreas sobre las que actualmente yace un bosque. Realizar un proyecto de la magnitud que se estima, más allá de ser perjudicial para la naturaleza al eliminar el recinto natural de 1 500 especies de hongos, plantas y animales, afectará el ciclo hidrológico del Valle de México y quintuplicará el número de habitantes, lo cual tendría consecuencias en términos de servicios, cultura, y hasta necesidades presupuestales complejas (Ecooesfera, 2019). Como suele ser, las múltiples dinámicas de despojo a lo largo del territorio nacional son encubiertas por concesiones y leyes que en su mayoría buscan el bienestar de las sociedades capitalistas y no la protección de los bienes comunitarios, de modo que se consolidan no sólo en una problemática territorial, sino también en un problema ecológico, social, cultural y político.

El bosque se ha tornado en un escenario político, donde tiene lugar una disputa entre un proyecto urbano y la preservación de la

vida. En este sentido se hace referencia tanto a la vida que alberga el bosque como al estilo de vida que hasta entonces ese bosque le ha ofrecido a los pobladores.

La posible construcción de dicho “proyecto de desarrollo” ha traído consigo una serie de consecuencias. Mientras unos, principalmente funcionarios del Estado y empresarios, han naturalizado la idea de que el destino de los ejidos es un nuevo proyecto de inversión inmobiliaria y una futura fuente de empleos (en algunos casos, pobladores conciben el evento como un espacio para volverse inversionistas, vendedores o trabajadores, por lo que se hacen presentes los intereses individuales y colectivos); otros sujetos, como académicos, comuneros y ejidatarios, pugnan por respetar la función que dicho bosque cumple en la zona del Valle de México. Este sector se resiste a entrar en los posibles beneficios del desarrollo inmobiliario y a partir de su rechazo, se crea una movilización de oposición comunitario. Ante esto han decidido actuar para evitar que se lleve a cabo:

bueno es algo ya que de alguna forma nos esperábamos, porque, pues sabemos la tendencia humana, sobre todo los capitalistas, la gente materialista que lo único que quiere es hacer negocio y siempre han querido vender a Jilotzingo [...] y pues sabíamos que teníamos que defender, que dar la cara (entrevista a Claudio Mayén, 2019).

Subjetividad política e identidad

Si bien el Estado y sus alianzas multimillonarias tienen poderosas capacidades para explotar y dominar el mundo humano y natural, no siempre logra hacerlo de manera definitiva, sino enfrentándose a movimientos sociales que surgen en su contra.

Para Harvey (2007) la resistencia que encarnan los movimientos sociales frente a estos procesos constituye, formalmente, una importante lucha de clases y es fundamental reconocerla como tal, porque la mayoría de estas iniciativas de desarrollo territorial son impuestas.

Así los discursos provenientes de los ejidatarios de Jilotzingo reflexionan no sólo sobre los actos de empresas que han fijado la aten-

ción en sus territorios, sino en sus propias acciones, las cuales han permitido, como menciona Claudia Salazar (2011:97), que toda acción forma parte de un entorno de sentido, constituyéndose en una especie de soporte colectivo para ordenar el mundo. La acción del sujeto es su forma de ocupar un lugar en la sociedad y mediante ello ser parte de una comunidad.

La emergencia de estas luchas pone sobre la mesa la reivindicación de las verdaderas demandas de una comunidad, así como la revalorización de las identidades y los vínculos que establecen entre sí las personas que habitan el espacio amenazado. También han permitido que las acciones realizadas soporten una lucha por la defensa de la identidad que ha sido generada en un territorio por medio de acciones conjuntas o intervenciones que no dejan de tener la facultad política en el quehacer social.

Touraine, citado por Orozco (2000), propone que cada actor social, tras el reconocimiento que posee de su identidad y del posicionamiento de sí mismo, crea una atmósfera para los demás actores en el escenario del conflicto. No obstante, la acción colectiva y el movimiento social no se pueden organizar solos, sino que el conflicto posiciona y produce una organización entre los actores. Por su parte, Alberto Melucci (1999:10) concibe que la acción colectiva tiene que considerarse como una interacción de objetivos, recursos y obstáculos; como una orientación intencional que se establece dentro de un sistema de oportunidades y coerciones. Los postulados anteriores nos conducen a reflexionar que no es posible concebir la acción individual, como si estuviera desligada de su contexto, pues ésta es la forma en que un sujeto se apropia del papel que desempeña en la construcción de su sociedad, para lo cual, no se puede partir si no es de una inquietud y reflexión de las condiciones sociales existentes, del contexto social en que cada uno se desenvuelve y de los acontecimientos que se viven o testimonian.

me enteré del residencial por un mensaje de WhatsApp y empezamos a implementar, pues con mucha ignorancia ¿no? Más que nada era la preocupación ¿y qué hacemos? Y se nos ocurrió que un amparo,

hicimos todo lo posible, nos cooperamos porque el abogado no era alguien del equipo, no teníamos ni equipo armado ¡éramos tres! (entrevista a Rubén Mayén, 2019).

Para Corona y Pérez (2002), en estos procesos la resistencia se expresa cuando los pueblos o comunidades ven amenazadas su cultura y valores por la imposición forzada de proyectos de “integración o modernización”. Muchos pueblos, al ver la amenaza de sus tierras y recursos, refuerzan sus valores, identidades y cultura política para garantizar su existencia. Por supuesto no es un trabajo sencillo, ya que en la actual época de globalización, opera la lógica de mercado, en donde se privilegia el individualismo y el beneficio personal. En ese sentido es importante resaltar que muchas de las acciones realizadas por los pobladores permiten repensar cómo a través de éstas, los vínculos entre la población han permitido que se concreten, es decir, observamos cómo un poblado se organiza en un conglomerado de diversos actos que tiene como objetivo una conformación de su identidad, pero al mismo tiempo esto fortalece los vínculos, y les otorga nuevas formas de realizar proyectos futuros.

Para Pizzorno, en Melucci (1999), los participantes en una acción colectiva no sólo son motivados por lo que llamaríamos una orientación “económica”, calculando costos y beneficios; también están buscando solidaridad e identidad que, a diferencia de otros bienes, no son mensurables y no pueden calcularse.

Al respecto, el ejidatario Rubén Mayén nos comenta:

le hablé aquí a mis posibles cuates, que nos habían apoyado hace 11 años para evitar la construcción de un tiradero de desechos biológicos, pero ocurrió que como fue agosto y en agosto es la fiesta del pueblo, se vuelven locos con el santo y los problemas reales... pues nos desairaron, era muy difícil pues llamar, pues enterar a la gente, que le entrara al amparo (entrevista a Rubén Mayén, 2019).

Melucci (1999:28) postula que los individuos aislados y desarraigados no son quienes se movilizan, pues existen redes de re-

clutamiento, que juegan un papel fundamental en el proceso de implicación individual; las redes constituyen un nivel intermedio fundamental para la comprensión de los procesos de compromiso individual. Los individuos interactúan, se influyen recíprocamente, negocian en el marco de estas redes y producen las estructuras de referencia cognoscitivas y motivacionales necesarias para la acción. A su vez, las acciones generan experiencia, posibilitando la creación de sentidos; esto puede consumir nuevas formas no sólo de percibir el mundo, sino de transgredirlo utilizando el conocimiento de la experiencia como productora de conocimiento alterno que no tiene relación directa con una forma imperante de acción y orden social y política.² Sin embargo, esto no descarta la posibilidad de que este conocimiento también pueda amalgamarse o ayudar al cambio de posibles paradigmas que si bien su interés puede ser el desarrollo, no debe ser utilizado de forma simple y sin contemplamiento.

Las experiencias que el sujeto vive en los escenarios y espacios donde se desarrolla influyen en la constitución de su subjetividad política, la cual comprendemos como un modo de ser y estar en el mundo, desde donde se vive la experiencia de encuentro-desencuentro con los otros; y al mismo tiempo generan actos que van de lo individual a lo político.

La pertenencia a esta clase de organizaciones forma políticamente a los sujetos no sólo por los saberes que allí circulan, sino principalmente por las experiencias de acción colectiva. Se trata de experiencias con otros que ayudan a configurar, transformar o afirmar la subjetividad política, porque propician el debate, la crítica, la construcción de acuerdos y construcción de opciones de vida conjunta, pues las responsabilidades y decisiones giran en torno al cuidado de la comunidad y la sociedad (Díaz, 2012, citado en Alvarado *et al.*, 2012:242).

Las acciones de los sujetos que llegan al devenir político deben ser el resultado de una compleja planeación. No sólo en el aspecto

² Entendemos “política”, siguiendo a Duque *et al.* (2016), como: espacios sociales en su forma institucional que aborda diversas dimensiones.

de desarrollo económico, social o cultural de la visión predominante, sino en adquirir esos conocimientos alternos y dando una importancia central a la cuestión ambiental, haciendo énfasis en que las acciones no sólo son sociopolíticas, sino sociopolíticas-ambientales.

La subjetividad política se produce mediante actos reflexivos que ubican al sujeto en un plano colectivo “donde el otro, lo otro me interesa en cuanto potencia para la constitución del nos(otros)” (Díaz, 2012, citado en Alvarado, 2012:240).

Los actores colectivos deben tener la capacidad de definir la razón de sus acciones de manera autónoma, pero la definición que construye el actor no es lineal, sino que es producida por interacciones y negociaciones. Los individuos crean un “nosotros” colectivo (más o menos estable e integrado de acuerdo con el tipo de acción). En este caso, los ejidatarios, principales afectados directos, son quienes han movilizadado sus recursos para conseguir la detención del megaproyecto que atenta contra el territorio que les ha posibilitado un sentido de pertenencia e identidad.

De ese modo, vemos cómo el autoconocimiento juega un papel muy importante para organizarse colectivamente, pues el sujeto requiere integrar algunos elementos identitarios consigo y con los compañeros con quienes participa en una lucha política, siempre bajo relaciones de respeto a la otredad, a la diferencia. Una vez constituido el sujeto social, deberá participar en la lucha política, rehaciendo las estructuras sociales y económicas en las que se dan las relaciones de poder y las ideologías. Esto constituye un problema de poder en la búsqueda de espacios de lucha de reivindicación social (Payán y Guerra, 2006:281).

¿Cuántos hay que firmar? ¡Y lo hacemos! Para eso entonces ya estábamos organizados, ya teníamos gente, ya habíamos formado un grupo importante, que les digo, hicimos un evento para 3 000 y juntamos 3 700 personas, ya éramos un grupo organizado, en esencia yo quiero avisarles, que ejidatarios habemos pocos pero tenemos el membrete del ejido de San Luis y de la Organización Puedes (entrevista a Claudio Mayén, 2019).

Precisamente la subjetivación política implica el “sentimiento de un nosotros” con quienes se comparten los sufrimientos y los mismos sueños de transformación de la opresión (Bonvillani, 2012, citado en Alvarado, 2012). En estas organizaciones, además de relaciones políticas, se establecen relaciones afectivas, pues no podría concebirse una sin la otra. De esta forma hemos pensado en la memoria como dispositivo de resistencia, pues como dicen Tischler y Navarro (2011:68):

ver hacia atrás no es un gesto nostálgico o romántico, sino una manera de ir más allá de las relaciones sociales opresivas, es decir, una especie de impulso del proceso de transformación cuyo punto de partida es la negación de las expresiones más agresivas y predatorias del capital.

Otro aspecto es que a lo largo de los años se ha promovido la separación entre sociedad y naturaleza, lo cual ha servido para convertirla en un objeto de dominio, un recurso insertado en el flujo unidimensional del valor y la productividad económica para beneficio del hombre (Leff, 2004:25). Pero los procesos de defensa del territorio no tienen su razón en un pedazo de tierra; la tierra implica más que el suelo, se reconoce que ella trae consigo sentidos y significaciones para los sujetos que están relacionados con dicho espacio, pues éste tiene una carga cultural, la cual se expresa a través de mitos, tradiciones, historias de vida, etcétera.

Gracias a mi padre que sin decirme una sola palabra al respecto, me enseñó a amar a mi pueblo. No lo pensaban ellos: “*Oye quiero mucho a mi pueblo*”. Para nada pero mi papá, lo sentían, lo manifestaban en sus actos, no te decía nada, pero los actos eran diferentes a los que hoy tenemos. Entonces es algo de la identidad, que como decía... la identidad se ha perdido y necesitamos hacer labor para rescatarla, ahí anda flotando, se nos está yendo de las manos, hay que rescatarla, y ponerla en su lugar en el alma o en el pensamiento de los ciudadanos (entrevista a Rubén Mayén, 2019).

Cabe recalcar que el hecho de poder escuchar en el discurso del ejidatario de Jilotzingo que la identidad “anda flotando”, nos permite reflexionar que no se ha perdido o, al menos, no del todo. Además, en este punto de la reflexión, el ejidatario nos permite visualizar que esta identidad debe ponerse en “los ciudadanos”, es decir, que aquí no se visualiza a la comunidad de Jilotzingo, sino que en el discurso al parecer se encamina a un quehacer titánico como lo es “un nosotros” sin distinciones del lugar de donde vengan. Invita a “rescatarla” y “ponerla en su lugar”, que no sólo se pone en una comunidad rural como lo es Jilotzingo, sino en un trabajo colectivo que cada persona realiza desde su *territorio*.

Payán y Guerra (2006:276) añaden que la identidad está integrada por condiciones objetivas como el territorio, la demografía, lengua, instituciones sociales, etcétera; y condiciones subjetivas, tales como valores, cultura, historia, orígenes, proyectos a futuro.

Es importante pensar no sólo en el vínculo que un sujeto tiene con un determinado territorio, sino también abundar en aquellos emergentes; en significaciones que otorgan sentido al sujeto y que al mismo tiempo genera el vínculo, para resaltar su importancia y mostrar cómo estas significaciones aportan otra cosmovisión heterogénea y quizás divergente.

Recientemente se han conceptualizado las luchas socioambientales como constitutivas de un movimiento global de ecologismo popular o de justicia ambiental (Martínez, 2009:4, citado en Tischler y Navarro, 2011:68), cuya existencia tiene por punto de partida la defensa de los bienes comunes y su reconocimiento como parte intrínseca de la naturaleza, entendida como un sistema de interrelaciones compleja. Este movimiento de justicia ambiental es protagonizado por comunidades y culturas que, en medio del desgarramiento que han producido las relaciones capitalistas, reafirman sus lazos con la naturaleza y defienden la vida. Estas luchas libran la disputa por la producción y reproducción de la vida, contra el capitalismo, su guerra total y su lógica “antivida” (Shiva, 2006:22, citado en Tischler y Navarro, 2011) centrada en la ocupación y captura infinita de los procesos vivos.

Todos estos aspectos de formas de lucha, o como los intentamos reconocer, estos frentes de resistencia, abren panoramas que critican las posturas capitalistas a través de su identidad, y quizás permitir que sean difundidas y compartidas en otros lugares, fuera de las comunidades que generan conocimientos divergentes, podría ayudar a potencializar los procesos de desarrollo y cambio dentro de las sociedades occidentales. Por lo tanto, la identidad permite que los individuos se reconozcan como los productores del sentido que atribuyen a los hechos y desafían su manipulación por los aparatos de poder, la identidad representa a un sujeto y le da sentido al lugar, a alguien o algún objeto.

Su escucha corresponde a una suerte de violencia, puesto que abre espacio para la diferencia que es persistentemente temida desde la identidad vivida como completud, como reminiscencia monádica. Su escucha se vuelve un imperativo para el grupo (¡Escúchense!) y cuando escucha, escuchan simultáneamente todos los demás (Salazar, 2002:105).

Walter Benjamin citado en Tischler y Navarro (2011:70) sugiere que “el concepto revolucionario es parte de la tradición de la resistencia de los explotados”. Asimismo, Payán y Guerra (2006:277) aclaran que no toda conducta o acción opuesta a lo hegemónico puede ser considerada resistencia, pues debe reunir características como ser colectiva, organizada, constructiva, ética y liberadora.

Sin embargo, la lucha que se presenta en Jilotzingo no es únicamente una muestra de resistencia de explotados; en cierto aspecto es “revolucionaria”, pues por ella se puede comenzar a comprender que esta disputa es una lucha de preservación no sólo de un bosque o de una comunidad y su territorio que les ayuda a subsistir, también es un resguardo hacia la consciencia ambiental, la cual conlleva costumbres, formas de vida que ofrecen la alteridad y la memoria, riquezas no contabilizables por el raciocinio capitalista. Esto nos ha llevado a problematizar el campo como un espacio complejo que permite incluso poner en juego una nueva forma en la que entran dos cosmovisiones de hacerse con la “realidad”: por un lado, un po-

blado rural y por el otro la vida urbana. Anteriormente se pensaba que la identidad se diluía en los procesos de aculturación; no obstante, es importante repensar cómo con la llegada de “la modernidad” surge una transformación identitaria entre los sujetos, pues consigo se añaden nuevos códigos culturales y un nuevo orden político donde la demanda social cambia de acuerdo con sus necesidades.

En nuestra labor realizada en el campo no sólo nos hemos acercado a lo que acertadamente Tischler y Navarro (2011:70) mencionan como “las ideas teóricas (que) potencian la lucha precisamente porque son parte de la experiencia”. Esto es apoyado por Castoriadis, pues comenta que “la teoría no podría ser dada previamente, puesto que emerge constantemente de la actividad misma” (1983:131). Aquello nos hace pensar que la cuestión de la experiencia como creadora de memorias genera una identidad de resistencia en sí misma; es decir, está complejizada por esta red de conceptos, pero ninguno se subyuga sobre otro, sino que se entrelazan, atan y desatan unos con otros, y se desdoblán en pliegues complejos que abarcan distintos espacios que los requieren.

Estos espacios, como lo es Jilotzingo, además de lo anteriormente mencionado con respecto al desarrollo, han permitido ver cómo se está tornando común considerar a estos pueblos como un ejemplo de transición hacia la modernidad, el progreso, la urbanización, como si se tratara de pueblos incultos, viejos o arcaicos que representan sólo un letargo en la visión céntrica. Se les trata como: “espacios marginales, más que nada porque se quisieran al margen —lo más lejos posible de nosotros al centro— aquellas amenazas truculentas o sublimes, esos desmentidos perseverantes de toda hipnosis tranquilizadora, que pululan por el tejido irregular de la sociedad” (Salazar, 2002:103). Sin embargo, son conjuntos que se contraponen en la subjetividad de las sociedades o comunidades a través de un choque generacional, en el cual no sólo se confrontan las edades, sino también los postulados económicos, de vicisitudes que definen y redefinen a una determinada comunidad.

La escucha: proceso interventivo de identidad y sus cuestionamientos

Lo anterior tiene que ver con la intervención que se ha realizado y como resultado ha existido esta interacción de saberes, que ha permitido reflexionar cómo las alteridades surgen para defender más que un terreno: a una organización. Por eso la escucha de estas problemáticas, así como de las experiencias de vida compartidas, forman parte de una identidad que no es abstracta, sino tangible en el aspecto de la forma de vida de las personas que se rigen bajo esas experiencias, la vida de un poblado y sus acciones.

No nada más para nosotros, a lo mejor nosotros somos los directamente perjudicados porque somos de aquí, tenemos nuestras raíces aquí, toda la vida hemos sido de aquí, de nuestros padres, nuestros abuelos todo y ahorita más que nos están despojando de una tierra que les perteneció a ellos y éste pues no nada más nosotros somos perjudicados sino toda el área urbana y parte de la Ciudad de México porque por el oxígeno que tenemos en nuestro municipio esta parte de aquí esta parte montañosa de aquí pues es generadora de oxígeno es un pulmón para un área metropolitana (entrevista a Claudio Mayén, 2019).

Es necesario hacer hincapié en que la escucha no sólo sirve como una actividad pasiva, sino que a su vez atiende al otro y genera una experiencia interna, es decir, nuestra escucha:

Corresponde a la introducción de las pausas necesarias para el intercambio, para el ejercicio de la memoria, para la significación de la experiencia, para la creación de posibilidades de acción, y en el mejor de los casos, para la aparición de un proyecto (Salazar, 2002:107).

Con estas interacciones reflexionamos que estas identidades no son inamovibles, son fenómenos que están en un constante cambio, composición y descomposición, pero no sólo por la problemática que ha suscitado una defensa de territorio, sino porque las identidades en este punto crucial de lucha generan desencuentros, y esto no

es únicamente contra lo que se resiste en la lucha, sino también a un desencuentro dentro de la comunidad.

También se debe mencionar que en el quehacer de la identidad como una forma de proceso de cambio, en el cual deberá enfrentarse la identidad internamente, es crucial comprender las cuestiones identitarias para lograr estos procesos de cambio que deberán escucharse primero, es decir, las voces de todos los integrantes que tienen diferencias entre ellos.

Eventualmente se fractura la ficción de identidad como unidad, como mónada, incluso de las facciones previamente constituidas al interior del colectivo. Es preciso negociar de nuevo los acuerdos. Las respuestas que se habían preparado de antemano, ya no sirven. Presupongo preguntas que no los provocan a pensar en su colectivo como origen y fin de sí mismos. El proyecto está en el centro. En el centro está el afuera, el boceto de un futuro colocado siempre como porvenir. La discusión es política, no terapéutica (Salazar, 2002:105).

Estos aspectos en la problemática han sido y son de gran ayuda como un registro de la alteridad, pero a su vez debe no sólo internarse en la negación obstinada de hacer lo que un individuo dispone; es más bien una oportunidad donde no sólo nosotros como intervinientes podemos ver esos parajes sinuosos, en los cuales el conjunto no se ha vislumbrado, sino que en esos lugares en los que el conjunto o comunidad podría vislumbrarse, tomando en cuenta a los otros, al discurso extraño y al mismo tiempo familiar que otorgan en una misma comunidad.

A su vez, esperamos que otros investigadores tengan la posibilidad de tratar con las problemáticas que imperen según su contexto, pues podrán no sólo elucidar esos rincones oscuros de lo que una "identidad comunitaria"³ requiere, sino que tendrán que observar cómo después de estas posibles contrariedades y disputas, estas sociedades lucharon por parte de su autonomía.⁴

³ Si es que se le puede definir en algún punto como identidad comunitaria a algo.

⁴ El concepto de autonomía se retoma del pensamiento de Cornelius Castoriadis.

Sobre todo se preocupa por saber de qué se habla, por preguntar qué se está escuchando, por deconstruir los espacios de significación que siendo nebulosos se simulan como transparencias para sostener la ficción de la unidad y anular así la diferencia, por temor a las fracturas paralizantes, a las rupturas, al conflicto (Salazar, 2002:108).

Esto atraerá muchos nuevos problemas y angustias, pero se debe comprender que el hecho de que un campo problemático tenga la posibilidad de pensarse a raíz de las luchas que generaron identidad, sólo serán una prueba más de que los procesos identitarios son un fenómeno no sólo irracional o “terco” por no querer anclarse a una heteronomía de desarrollo capitalista, es una llamada a las posibilidades no pensadas que pueden otorgar a las futuras generaciones, nuevos modos de pensar, de actuar y de hacer comunidad. “Como memoria viva, la reconsideración de la historia de un colectivo es la significación del pasado como motivo y justificación de un futuro prefigurado para el que se actúa” (Salazar, 2002:111).

El poder en las luchas por la identidad socioambiental

Justamente en la escucha es cuando comienza a hacerse presente en los discursos el fenómeno del poder. Gilberto Giménez (1996:93) resalta que el poder es un ingrediente primordial en la formación territorial, en tanto el territorio es parte de un proceso de apropiación y valorización del espacio. Como ya mencionamos, el territorio es el espacio donde tienen lugar los encuentros y desencuentros de una comunidad, en este caso ante un panorama que presenta un capitalismo feroz, en expansión constante, que ha generado el hecho de otorgarle la importancia al medio ambiente, simbólicamente hablando y no sólo como objeto de producción que ha llevado a sobrevivir a los poblados hasta la actualidad. En este sentido, Foucault es recurrentemente citado. Por ejemplo, Cubides (2007) hace referencia a Foucault (1991) para plantear que la subjetividad se organiza como pliegue e implica un entrecruzamiento de los efectos

del ejercicio institucional del poder y de procesos reflexivos del individuo sobre sí.

Enrique Leff (2004) se apoya de las ideas foucaultianas, comentando que “en el campo del saber permiten ver la irrupción del saber ambiental como efecto de la situación de los procesos de racionalización de la modernidad y de los paradigmas científicos” (Leff, 2004:232-233) . Es decir, por un lado existen procesos del sujeto que se entrecruzan en un mismo momento por el poder innato en las acciones pero, por otro, se implica el saber que genera la misma tónica ambiental, pues ésta permite reflexionar sobre los procesos del poder individual, además critica los procesos de hacer y legitimar ese conocimiento occidental, al ser contrastado por la racionalidad ambiental.

El saber ambiental se inscribe en las formaciones ideológicas del ambientalista y en las prácticas discursivas del desarrollo sustentable, incorporando nuevos principios y valores de diversidad cultural, sustentabilidad ecológica, equidad social y solidaridad transgeneracional; pero sobre todo emerge con un sentido crítico de la racionalidad dominante y con un sentido estratégico en la construcción de una racionalidad ambiental (Leff, 2004:233). En este espacio las cuestiones del poder no sólo toman en cuenta la parte antagónica, sino la misma discusión y la lucha que existe entre la población para lograr visibilizar lo que su “identidad comunitaria” quiere enfocar. Ha sido necesario no sólo denunciar lo que aquellos externos a la comunidad han querido realizar (la iniciativa inmobiliaria), sino también hemos problematizado, dónde y cómo se ejercen estos poderes, estas luchas de vicisitudes con los pobladores, y a su vez cuestionar las preocupaciones que manifiestan. Por eso, en este quehacer político que nunca está dissociado del fenómeno del poder, hemos visto envuelta nuestra intervención y nos damos cuenta de que el poder que hemos indagado en estos lugares también está en nosotros, en poner este título de conocimiento que se superpone en nosotros como “investigadores universitarios”. Pero lo que en realidad hemos intentado hacer es generar acciones de escucha y de elucidación para los participantes de esta pugna, que si bien no nos han hecho parte de la comunidad, nos han permitido observar cómo y por dónde se mueven las vías del poder.

Nosotros hemos intentado hacerles llegar un poco de lo que su lucha y resistencia han sido para nosotros, pero advertimos a los colegas que también deseen ingresar a un frente de resistencia que nunca será un lugar en donde el investigador no participe activamente, porque en el ínter de la participación y acción colectiva, el hecho de estar en este lugar genera no sólo una cierta posición en la subjetividad política, sino también dentro de este frente, no se es parte de la comunidad, pero sí se es parte de la lucha y al menos en nuestro compromiso ha permitido que nosotros seamos partes de esta construcción de identidad en un proceso de cambio. Díaz (2012a), en una de las acepciones que plantea, declara que la subjetividad política “se encarna en un sujeto quien preocupado por el devenir de la humanidad –expresada en sus cercanos de casa, barrio, ciudad, país– ayuda en la formulación y concreción de proyectos cada vez más humanizantes, comunes y alternos a los dominantes” (Díaz, 2012a, en Alvarado, 2012).

Mencionamos lo anterior como una forma de análisis propio, pero no sólo para complejizar nuestra visión de investigadores (que no queda del todo descartada), también porque nos ayuda a preguntarnos según las experiencias narradas y compartidas, es decir, el proceso de investigación en el que hemos estado inmersos ha servido para comprender el porqué de un frente que lucha por lo ambiental, pero también ha ayudado a complejizar el estudio de lo heterogéneo, de lo externo, y al final de la diferencia que constituye a los sujetos, disparidades que hace la labor no sólo de resaltar lo opuesto, sino los procesos que generan la alteridad, y al mismo tiempo puede ser una forma de encontrar nuevos puentes hacia la comprensión de una dimensión desconocida: “el otro”.

Referencias

Alvarado, Sara Victoria, María Camila Ospina-Alvarado, Claudia María García (2012), “La subjetividad política y la socialización política, desde los márgenes de la psicología política”, *Revista Latinoamericana de Cien-*

- cias Sociales, Niñez y Juventud*, vol. 10, Colombia, [<https://biblat.unam.mx/es/revista/revista-latinoamericana-de-ciencias-sociales-ninez-y-juventud/articulo/la-subjetividad-politica-y-la-socializacion-politica-desde-las-margenes-de-la-psicologia-politica>] (fecha de consulta: febrero de 2019).
- Castoriadis, Cornelius (1983), *La institución imaginaria de la sociedad, 1. Marxismo y teoría revolucionaria*, Tusquets, Barcelona.
- Ceceña, Ana Ester (2010), *Dominar la naturaleza o vivir bien: disyuntiva sistémica*, IIEC-UNAM, México.
- Corona, Yolanda y Carlos Pérez (2002), “Resistencia e identidad como estrategias para la reproducción cultural”, *Anuario de investigación 2002*, vol II, UAM-Xochimilco, México.
- Cubides, Humberto (2007), “Política y subjetividad, experiencia o cuidado de sí y la creación de otros mundos”, *Revista de Ciencias Humanas*, núm. 37, pp. 55-67, [<http://revistas.utp.edu.co/index.php/chumanas/article/view/1133/619>].
- Duque Monsalve, Luisa *et al.* (2016), *La subjetividad política en el contexto latinoamericano. Una revisión y una propuesta*, Universidad San Buenaventura, Medellín, [<http://www.scielo.org.co/pdf/cesp/v9n2/2011-3080-cesp-9-02-00128.pdf>] (fecha de consulta: febrero de 2019).
- Ecoosfera (2019), “Desaparecerá bosque otomí y en su lugar construirán edificios (firma la petición para detenerlo)”, [<https://ecoosfera.com/bosque-jilotzingo-ecocidio-deforestacion-inmobiliaria-eruviel-avila/>] (fecha de consulta: febrero de 2019).
- Foucault, Michel (1991), *El sujeto y el poder*, Bogotá, Carpe Diem.
- Giménez, Gilberto (1996), “Territorio y cultura”, *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. II, núm. 4, pp. 9-30, Universidad de Colima, México, [<https://www.redalyc.org/pdf/316/31600402.pdf>].
- Harvey, David (2007), *Breve historia del neoliberalismo*, Akal, Madrid.
- Leff, Enrique (2004), *Racionalidad ambiental, la reapropiación social de la naturaleza*, Siglo XXI Editores, Argentina.
- Melucci, Alberto (1999), *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, El Colegio de México, México.
- Morett Sánchez, Jesús Carlos (2003), *Reforma agraria del latifundismo al neoliberalismo*, Plaza y Valdés, México.

- Orozco, María (2000), “Alain Touraine. Teoría de los movimientos sociales”, tesina de licenciatura, UAM-Iztapalapa, México.
- Payán, Teresita y Margarita Guerra (2006), “Ética, valores e identidad en grupos de resistencia”, *Anuario de investigación 2005*, UAM-Xochimilco, México.
- Salazar, Claudia (2002), “Intervención: trabajo sobre lo negativo”, *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, núms. 18-19, pp. 99-111.
- Salazar, Claudia (2011), “Acción, deseo e imaginario en la intervención social”, *Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, núm. 45, pp. 93-111.
- Tischler, Sergio y Mina Lorena Navarro (2011), “Tiempo y memoria en las luchas socioambientales en México”, *Desacatos*, núm. 37, CIESAS/Conacyt, México.

Entrevistas

- Entrevista a Rubén Mayén (junio de 2019), representante de comuneros, delegado y expresidente municipal de Jilotzingo, así como de la Organización Pueblos Unidos para el Desarrollo Sustentable del Campo y de la Ciudad (Puedes).
- Entrevista a Claudio Mayén (septiembre de 2019), ejidatario de Jilotzingo, extraída de entrevista grupal con ejidatarios de Jilotzingo.

Fecha de recepción: 12/08/19
 Fecha de aceptación: 25/11/19